

urgencia. El testimonio de Ignacio Ellacuría y sus compañeros jesuitas, recientemente masacrados en El Salvador, tal vez precisamente por elaborar un pensamiento vigorosamente insertado en el clamor de liberación de los pobres, supone para todos nosotros un estímulo y un acicate, en esta situación en que se necesitan pensadores, intelectuales y escritores comprometidos con su pueblo. Un poco al estilo de Díaz-Salazar.

Felipe Bermúdez Suárez

JOSE ANTONIO INFANTES FLORIDO, *Tavira: ¿Una alternativa de la Iglesia?*
Ed. Publicaciones Monte de Piedad y Caja de Ahorros, Córdoba, 1989.

La figura de don Antonio Tavira y Almazán, obispo de Canarias desde 1791 a 1796, ha tenido más detractores que panegiristas. Quizá con citar a don Buenaventura Codina, uno de sus sucesores, baste para hacernos una idea de cuál era el juicio que se tuvo en el siglo pasado sobre tan controvertido prelado: *era jansenista y apóstó esta islas con las doctrinas de su maldita secta y ojalá que el contagio no estuviese aún arraigado en muchos eclesiásticos*. Esta postura crítica, tremendamente dura, se ha mantenido casi de forma generalizada hasta nuestros días en las altas instancias de la diócesis. Para el doctor don Antonio Pildain y Zapiain, la brillante trayectoria del episcopologio canario *experimentó un lamentable eclipse en el pontificado del tristemente famoso don Antonio Tavira, tenido por corifeo del partido jansenista, en expresión del insigne Menéndez y Pelayo*. Pero la hora de su reivindicación ya estaba cerca.

En 1967 llega a Las Palmas un nuevo obispo: don José Antonio Infantes Florido, que va a suceder al jubilado doctor Pildain. Desde que deja encauzado el gobierno de su nueva diócesis, dispone de algunos ratos libres, comienza a interesarse por los sucesos y personajes más relevantes de la historia eclesiástica local apoyando sus investigaciones en la casi virgen documentación de los archivos Episcopal y Diocesano y en el de la Inquisición, que se conserva en el Museo Canario.

No nos puede extrañar que al examinar papeles y legajos de pasadas épocas centrara su atención en el polémico Tavira, cuya personalidad sobresalía pujante del conjunto de eclesiásticos excepcionales que enriqueció el siglo XVIII canario. Y como reposado fruto de muchas horas de estudio y meditación, primero en Vegueta y más tarde en Córdoba, han ido apareciendo sus libros, dirigidos a desentrañar aconteceres y conductas del siglo de la Ilustración.

Con el título: *Un Seminario de su siglo: entre la Inquisición y las luces* fue publicado el primero de sus libros en 1977. En sus páginas ya queda delineado el talante reformador de Tavira y, también, la identificación del autor con la línea pastoral emprendida por aquel prelado. Fueron muchas las cosas que se propuso cambiar en la diócesis don Antonio Tavira y el Seminario una de ellas, pero situándolo en lugar preferente, convencido de la necesidad de comenzar las reformas en la etapa de preparación de los futuros sacerdotes, elevando el nivel de su formación moral e intelectual.

El segundo de sus libros, iniciado en Las Palmas y terminado en Córdoba, se imprimió en 1981. Lleva por título *Crisis religiosa e ilustración. Un horizonte desde la biblioteca de Tavira*. Como se desprende del rótulo, toda la obra gira en torno a la rica librería del obispo, cuyo inventario se formalizó antes de su consagración episcopal. La componían 957 títulos (unos tres mil volúmenes). Tan rico bagaje *pone a la luz una parte de las fuentes de su pensamiento, de las líneas pastorales, de la actitud que tomó ante ciertas situaciones y, sobre todo, deja al descubierto el nervio de su pensamiento...*

A la vista del extenso y variado repertorio de obras que trajo consigo Tavira se plantea el doctor Infantes Florido si se puede sostener que su antecesor "envenenó" *las aguas diocesanas de jansenismo e Ilustración con su biblioteca y su línea pastoral*. La contestación es un no rotundo, porque *antes de su llegada —dice— se vive en las islas un enfrentamiento de clérigos e inquisidores, con el aprieto de irreversibles alternativas, alentadas por la imparable pólvora del papel impreso*. Por otra parte, la biblioteca de Tavira fue en su tiempo la más importante de las islas, pero no la única. Hubo otras que estuvieron bajo el punto de mira de la Inquisición por las obras que contenían, procedentes muchas de ellas del extranjero.

Creemos que no ha sido extemporánea la mención que se acaba de hacer de las dos obras anteriores del doctor Infantes, antes de dar cuenta de la última de sus publicaciones, porque aquéllas, sumadas a ésta, completan y redondean el estudio sobre la personalidad y el quehacer pastoral de Tavira, que con tanto acierto ha realizado el actual obispo de Córdoba.

Este último libro sobre el ilustrado Pastor, que rigió la diócesis de Canarias cuando ya agonizaba el siglo XVIII, se titula: *Tavira: ¿Una alternativa de la Iglesia?* En él se va siguiendo, paso a paso, la peripecia pastoral de Tavira por todas las parroquias del archipiélago, utilizando como fuente, de forma modélica, la valiosa información contenida en los numerosos *decretos* expedidos como consecuencia de lo que veía u observaba en cada lugar.

Tavira fue un obispo andariego, que empleó gran parte de su no largo pontificado en ir de una isla a otra y de un pueblo a otro pueblo para conocer *de visu* la auténtica realidad religiosa y social de sus diocesanos: la acción pastoral no la ejerció desde el palacio de la plaza de Santa Ana.

¿Qué contempló Tavira en sus andanzas pastorales? ¿Qué se apresuró a corregir? ¿Qué directrices trazó? Infantes Florido nos proporciona un extenso y riguroso repertorio de cuestiones, de las que sólo es posible espigar algunas.

Su gran preocupación por los marginados le llevó a la creación de la Casa de Misericordia, que no era un asilo sino una institución en la que se estimulaba el trabajo artesanal en mendigos y prostitutas. Con las Asociaciones parroquiales de Caridad, por él fundadas, establece *una dura dialéctica entre caridad y piedad, entre el culto y la limosna*.

En el ámbito del culto exige que el Sacramento del Bautismo se administre con la misma concha y de igual forma a pobres y ricos, *sin hacer distinciones odiosas*; con idéntico criterio se han de realizar los entierros. Las amonestaciones serán leídas siempre desde el mismo lugar, igual si se refieren a feligreses pudientes que a los que no lo son.

Acepta como inevitable el hecho de la emigración hacia América: *sería violento impedir la salida, porque la tierra no puede mantenerlos por varias causas, y entre ellas a mi ver es la principal la de estar todo el terreno reducido a mayorazgos, vinculaciones, capellanías y manos muertas*. Debe negarse la licencia a los casados, porque muchos de ellos marchan y olvidan luego a la esposa y a los hijos, que quedan en la mayor miseria.

Hacia el culto vuelca todos sus desvelos. Lo desea austero, sin derroches. *Al Señor —explicaba a los fieles de Tuineje— le es más agradable que el culto y toda la pompa religiosa de él, la misericordia con el prójimo*. Recomienda que sólo debe haber en cada iglesia un único altar, el del presbiterio: *va contra la buena disciplina la muchedumbre de altares*; y una sola imagen de la Virgen, la cual podrá reunir el culto a las diferentes advocaciones. Por esa causa mandó retirar en Teror a Ntra. Señora del Rosario y dispuso que con sus rentas y limosnas se creara una escuela de primeras letras.

Con las imágenes vestidas se muestra totalmente disconforme. En Guía deja sentado que *es un abuso intolerable el de vestirlas de ropas, en que sobre el grande e inútil costo que se hace, hay mucha indecencia y profanidad; por tanto hemos mandado... se haga ejecutar de buena mano una hermosa imagen vestida con propios ropajes de talla.*

Insiste mucho sobre la limpieza y cuidado de los templos. Señala que el coro no deberá estar situado a los pies de la iglesia, sino en el propio presbiterio *para que todo el clero pueda asistir a los sacrosantos Misterios y Oficios con la mayor inmediación al altar.* No le agradan las cubiertas de artesonado y muestra sus preferencias por la bóveda, y en varios lugares sugiere que se cambien.

Los villancicos deben desterrarse de las iglesias —dispone en La Laguna— *porque no vienen bien con la gravedad del Oficio Divino y se falta a la veneración de los Sacrosantos Misterios, habiendo suspensión y pausa para oír cosas en que el menor defecto suele ser frialdad e insulsez, y no pocas veces contienen errores dignos de la más severa censura, y así los prohibimos absolutamente.*

Su concepción del sacerdocio —señala el doctor Infantes— lleva la marca de la espiritualidad reinante, inspirada en la vuelta de la “Iglesia primitiva”, en la formación moral más estricta, y en la competencia doctrinal y escriturística más rigurosa. A ellos les dedica su primera carta pastoral, en la que les encarece *que en todas sus acciones y palabras den un continuo testimonio de la pureza y santidad de vida que pide la calidad y dignidad de su oficio.* Para contribuir a su mejor preparación refuerza la práctica de las Conferencias Morales, haciéndolas obligatorias allí donde, al menos, convivieran tres sacerdotes.

Un capítulo doloroso del pontificado de Tavira es, según el autor, el de su enfrentamiento con la Inquisición: *Lo que discute y contra lo que lucha el obispo son las atribuciones que se arroga dicho Tribunal; la competencia que no tiene, y los procedimientos y estilos inadmisibles, pues afectan a la jurisdicción episcopal o a la dignidad del ser humano.* Protesta ante el Rey y el Inquisidor general de las arbitrariedades del Santo Oficio, y ante ellas reacciona dando aliento y consuelo a algunos reos como, por ejemplo, a Juan Perdomo, perseguido por leer libros prohibidos, a quien terminaría por nombrarle su médico personal.

Dice Infantes Florido, en las últimas páginas de su libro, que Tavira ha pasado a la historia como “hereje” por su talante espiritual, su preparación

teológica y sus decisiones pastorales. Como tales juicios, a pesar de apoyarse de forma muy especial en la autoridad de Menéndez y Pelayo, son inexactos, era preciso hacer luz sobre su vida y su quehacer episcopal, y en esta tarea ha puesto el autor todo su empeño, dándonos esta modélica investigación que enriquece la historiografía sobre tan importante parcela del pasado religioso de las islas.

José Miguel Alzola

SAN JUAN DE LA CRUZ (Antología): *Vámonos a ver en tu hermosura*. Selección de textos e introducción por M^a del SAGRARIO ROLLAN ROLLAN, Editorial de Espiritualidad. Madrid, 1989.

Más allá de la apariencia, o de la propia envoltura que rodea a estas páginas, nos encontramos con la in-apariencia de los contenidos. Juan de la Cruz, el autor, siempre nuevo por todo aquello que des-vela y evoca, y siempre viejo, para quienes por su propia y contemporánea incapacidad de oírse en él, lo categorizan como reliquia de cultura, que es un medio muy nuestro de orillar lo que nos supera o desborda.

Además del autor, ya de por sí con suficiente credibilidad, esta antología está elaborada por una persona que lleva años de rastreo tras la obra y pensamiento del autor místico. Aunque esta segunda condición no siempre nos ha garantizado la diferencia que existe entre la exégesis (entresacar-interpretar el texto) y la eiségesis (*entremeter en el texto*); es decir, que no siempre en las *antologías* se respeta la propia e inalienable voz del autor, sino que más bien se lo utiliza como plataforma proyectiva de la voz de quien desea imponer su propia opinión y saber.

De esta antología cabe afirmar, que ineludiblemente es *exegética*, porque la *antóloga* ha sabido escuchar primero para luego ayudar en el alumbramiento de lo que en otras horas, de otro modo, pero desde un mismo sentido quiso decir Juan de la Cruz al ser humano de todos los tiempos.